



La vida después de Agatha, más pobres y más vulnerables

Por Lucía Escobar¹



Micaela lava la ropa en el río, regresa el brillo a los hilos enlodados, restriega sobre la piedra güipiles, cortes, fajas, pantalones, sutes, y en cada de uno de ellos van volviendo las aves bordadas, el quetzal geométrico; también vuelven los jaguares, los monos, murciélagos y los patrones artísticos de pirámides, caminos y estrellas. En tan especial vestimenta se guarda una historia tejida a mano, historia que empieza antes de la salida de los pueblos, cuando por orden de los dioses partieron hacia los puntos cardinales, en la búsqueda de Tulán, su tierra prometida. Aquí están, y su historia hoy, a pesar de la adversidad, parece no terminar.

Micaela Choc está lavando ropa en el río, aunque “río” es mucho decir para el riachuelo que baja zigzagueando la inclinadísima ladera

y recorre la montaña deforestada para salir de su cauce directamente sobre el barrio Payalquiej de San Antonio Palopó, ese pueblito arrinconado en el final de la carretera nororiental del lago Atitlán. La observo y trato de recrear las imágenes de sus últimas semanas.

Micaela me mira a los ojos y se levanta. Estamos en una zona de tragedia, el terror reciente aún se percibe en el ambiente. Y se ve lejos el día en que se resuelva la destrucción causada por el temporal. Micaela me señala la montaña y a mi mente viene aquel relato mitológico en que el jaguar persigue al venado entre la niebla atrapándolo al fin con sus afiladas garras. El deslave ocurrido en San Antonio Palopó a finales de mayo, rasgó la piel del pueblo, la física y la emocional.

“Esa es mi casa” dice, y señala con el brazo enjabonado objetos teñidos por el marrón de la correntada. Empiezo a divisar un montón de hierros, rocas enormes, troncos y láminas retorcidas entre el lodo ya seco por el sol. No hay pared levantada, sólo retazos de lo que hasta hace poco era su hogar.

Micaela sonríe y comprendo esa amable ironía de dientes amplios, porque a pesar de la ruina atrás suyo, ha tenido mejor suerte que la de los veinte vecinos que murieron cuando el deslave los agarró desprevenidos. Ese 29 de mayo del 2010, la señora kaqchikel ignoraba que las lluvias provenían de una tormenta tropical de nombre Aghata.

Ahí, a pocos metros de dónde Micaela se frota los brazos, aún se encuentran perdidos los

cuerpos de un adulto y una niña. Vecinos y autoridades se cansaron de buscar entre los escombros de las cincuenta casas que desaparecieron. El olor fétido de la muerte aún se siente en el ambiente.

Micaela me dice que no se lamentará más. Siente mucho la muerte de sus vecinos y, a pesar de haber perdido su piedra de moler, su cama, su cocina y los cuatro telares con los que fabricaba tejidos para vender a los turistas que llegan al lago de Atitlán, está viva y puede empezar de nuevo.

Volteo a ver de nuevo el entorno en que me encuentro y empiezo a recordar realidades en números. Ubicando a Micaela en el Informe Nacional de Desarrollo Humano 2005 (Diversidad Etnico-Cultura: la ciudadanía en un Estado Plural) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (INDH/PNUD), constato que es parte del 42% de analfabetas de su comunidad; es también parte del 88% de los catalogados como pobres en este municipio kaqchikel del occidental departamento de Sololá.

En los noticieros de los medios masivos de comunicación, no se cansan de valorar cómo los guatemaltecos se tornan solidarios cuando ocurren tragedias. Quizás por eso es que a Micaela estos días no le ha faltado comida. Vecinos, iglesias evangélicas e instituciones benéficas han llevado víveres, medicina y ropa para ayudar a casi quinientos afectados de su comunidad. De pueblos cercanos han llegado grandes ollas de frijoles, canastos repletos de tamales calientes y tortillas.

Micaela, así como los demás sobrevivientes, durmieron las primeras noches después de la tormenta en cinco albergues improvisados dentro de iglesias, en el mercado y en el salón municipal. Estos dos últimos fueron los que se mantuvieron durante más tiempo como incómoda vivienda temporal, pero las condiciones no eran las adecuadas pues no contaban con sanitarios ni cocinas para preparar los alimentos. El servicio de agua potable y energía eléctrica tardó varios días en regularizarse y el servicio de extracción de basura se paralizó. La municipalidad de San Antonio Palopó quema la basura en un terreno cercano, ya que la situación de los caminos impide sacar los desechos hacia otros vertederos.

Un poco por cultura, un poco por economía, las casas de los indígenas kaqchikeles suelen contar solamente con una o dos piezas en las que duermen, cocinan y guardan sus cosas. Por eso, para quienes perdieron todo no es lo más cómodo asentarse en casas de familiares. Luego de mi encuentro con Micaela me

enteraré que sólo en San Antonio Palopó deberían evacuarse unas quinientas personas. Varios de quienes no perdieron la casa por completo, han regresado a pesar del riesgo que implica, por lo que es urgente que se les brinde otra opción.

Me despidió de ella para subir a la parte alta del pueblo y acompañar a una comisión integrada por representantes de la asociación Todos por el Lago y de la Coordinadora Nacional para la Reducción de Desastres (CONRED), con el fin de ubicar desde arriba un lugar donde pueda improvisarse un albergue para las familias afectadas, ya que el invierno apenas empieza y en cualquier momento puede suscitarse otro deslave.

La proporción en Atitlán es de siete partes de agua por una de tierra. Desde la altura del cerro es obvia esta relación, y sin necesidad de ser una experta en el tema veo cómo los terrenos llegaron a su máxima capacidad demográfica. El pueblo se encuentra hacinado entre peñascos y quebradas al norte, y el lago mojándolo en el sur.

Razones obvias han tenido los milenarios habitantes de la zona, para desarrollar tecnologías agrícolas extremas, como el caso de las terrazas construidas con muros secos. Muchas de estas terrazas tradicionales han sidoemplazadas por viviendas.

Los únicos lugares que desde arriba parecen adecuados para albergar a los damnificados son las lujosas casas de verano utilizadas pocas veces al año por sus propietarios, con amplios jardines hermosamente cuidados, donde los muros de contención impidieron el paso de los aludes desviándolos hacia las casas menos protegidas. Pero la opción de los “chalets” como albergues puede sonar demasiado subversiva en Guatemala, donde sólo la mención de una reforma agraria ha dejado tanta sangre.

Tragedia anunciada

Andrés Sicay Sánchez vive de la agricultura como la mayoría de los habitantes de San Antonio. Lo encuentro bajando con un cargado mecapanal. A sus 65 años, opina que “es una tragedia anunciada”.

A tata Andrés, como lo llaman en el pueblo, no lo sorprendieron los aludes. Los ancianos bien conocen la metáfora del aruñazo del jaguar. Saben leer la tierra que habitan, conocen los fenómenos de la naturaleza y guardan la historia del lugar. “Esos terrenos donde hicieron las casas, sólo sirven para plantar bananos y cañas, pero la gente olvida y luego construye ahí”.

Esa opinión la comparte el ingeniero Iván Azurdía, de la asociación Ati' t Ala'y coordinador de Todos por el Lago, institución a cargo de implementar los albergues y las evacuaciones. “Hemos degradado y abusado de nuestro entorno; eso ha puesto en riesgo muchas vidas, y no sólo de humanos. Lo que sucede en esta cuenca es una micronoticia de lo que sucede en el planeta”.

Buena meditación para mi despedida de San Antonio y mi regreso a Panajachel.

Luego del paso de la tormenta Agatha, durante casi dos semanas no hubo comunicación por tierra a este pueblo de agricultores, orfebres, tejedores y pescadores. Los deslaves e inundaciones taparon el camino con piedras, lodo y troncos, y se necesitó de muchos días y del trabajo voluntario de decenas de personas para finalmente despejarlo.

Los productores, acostumbrados a sacar sus productos y venderlos en los mercados de localidades vecinas, se vieron afectados por el encarecimiento de los costos de transporte. Cada viaje por la vía lacustre hacia Panajachel y viceversa, llegó costar unos 200 quetzales (25 dólares) por persona, contrastante con los 75 centavos de dólar que usualmente pagan por la vía terrestre, transporte que hoy utilizo para volver.

Recorro la docena de kilómetros que separan estas dos poblaciones en la palangana de un picop. Vamos unos veinte adultos y diez niños. En cada curva se ven deslaves, lodo, piedras, riachuelos que nacieron de entre la montaña, ríos desbordados y puentes a punto de colapsar. San Antonio Palopó sólo fue una muestra de lo ocurrido en el departamento de Sololá, donde se contabilizaron 27 muertes, 31 desaparecidos, doscientas viviendas inhabilitadas o destruidas y cuatro carreteras inservibles, siete puentes dañados, así como 4 puentes vehiculares y 3 peatonales completamente destruidos. El Ministerio de Agricultura y Ganadería contabilizó que los daños en la agricultura del departamento ascendieron a unos 2.5 millones de dólares, principalmente en las cosechas de maíz, frijol, hortalizas y café. Sumando a esto las dificultades para el acceso del turismo a la región y las continuas advertencias de riesgo por parte de las embajadas, la situación tendrá un gran impacto en la ya precaria calidad de vida de los habitantes.

En declaraciones a la prensa nacional, dos semanas después del paso de Agatha, el presidente de Guatemala, Alvaro Colom, aseguró que reconstruir el país llevará al menos cinco años.



Deja vu, tras deja vu

Todo parece un sueño recurrente, como esa pesadilla con que ya has soñado y de la que despiertas siempre en el mismo momento, sudando angustia.

Cinco años antes, en 2005, los pobladores del Atilán vivieron una tragedia parecida con el paso de otra tormenta tropical, el Stan. Muchas de las obras de infraestructura que colapsaron durante Agatha, llevaban menos de un año de haber sido inauguradas o estaban por inaugurarse, y con menos de dos días de lluvia continua quedaron destrozadas. De hecho, la gente aún no se acostumbra a llamar a la última con su femenino nombre y le siguen diciendo Stan, evidenciando que el trauma generado hace cinco años aún no ha sido completamente superado.

Panajachel es el pueblo más desarrollado del lago de Atilán (el New York del mundo maya, lo llaman). Por la reciente experiencia del Stan, Agatha no tomó desprevenidos a sus habitantes ya que cada riachuelo, río o catarata suele ser monitoreados periódicamente por ciudadanos y autoridades cada vez que el agua cae continuamente. Sin embargo, quienes vivimos aquí fuimos testigos de cómo una vez más, el río fue llevándose cuatro de los cinco puentes que atraviesan el Río San Francisco, y que comunican con otros poblados de la zona.

La gente no ha olvidado los lugares de riesgo. Hace cinco años el mismo río, como si fuera el “borrador de Dios”, desapareció más de cien viviendas, mismas que de no haberse destruido en esa ocasión, igual se hubieran perdido en el recién pasado mes de mayo. Los más necios, o quienes simplemente no contaban con otra opción, volvieron a construir en lugares peligrosos, dando como resultado la destrucción de una docena de casas a orillas del río. Otros barrios panajachelenses más retirados del cauce principal, pero encajados en las partes bajas de las laderas, también volvieron a sufrir estragos por veloces corrientadas y deslaves. No conforme con mis propias respuestas, sigo preguntando ¿por qué la gente no se mueve? ¿Por qué siguen construyendo y habilitando lugares en riesgo?



Metáfora nacional

El lago Atitlán funciona como una terrible metáfora de Guatemala. La sobrepoblación, las brechas entre ricos y pobres, el poco acceso de las poblaciones indígenas a educación y salud, contribuyen a crear condiciones en que los desfavorecidos son los más vulnerables en todo sentido.

Bajo del picop ya en Pana, como le dicen a este foco turístico, y decido caminar por la carretera que en el lado oriental se conduce paralelamente al río San Francisco, uno de los barrios más afectados durante el paso de Agatha, para tomar revista de lo que la maquinaria del gobierno hace para el dragado del cauce y la protección de la comunidad en próximas crecidas. Es evidente que las mismas personas afectadas durante el Stan fueron afectadas esta vez, y que son las que viven en mayor pobreza y por lo tanto, las que tienen acceso a los peores lugares dónde construir sus viviendas. En mi camino atravieso un área que fue abnegada completamente por el San Francisco y otro llamado el Tzalá, un pequeñito riachuelo que rara vez supera el metro de cauce y pocos centímetros de profundidad. Son los mismos puntos que durante la tormenta Stan sufrieron más daños. Estoy en la zona norte del barrio Jucanyá y frente a mí, del otro lado del río, el otro barrio norte, así, a secas, que más que la ubicación tienen en común las afecciones a causa de los fenómenos “húmedos”.

Al igual que en San Antonio Palopó, dónde ya no hay espacios para construir albergues o trasladar barrios completos, en Panajachel, no parece quedar tierra libre para movilizar a las personas que viven en riesgo. Tomemos el caso de los casi doscientos afectados del Barrio Jucanya Norte. Muchos de ellos sufrieron los embates de la tormenta Stan en el año 2005 y aunque en esa ocasión se construyó Xecotoj, una nueva colonia para las ciento quince familias más afectadas de todo el municipio, no hubo cupo para todos los que viven en riesgo. Además debieron trasladarse de su lugar de origen Panajachel al municipio vecino en San Andrés Semetabaj. Karla Calabay radica en la parte sur del barrio Jucanyá y cuenta que su hermana perdió la casa durante el Stan y se fue a vivir a Xecotoj.

Y ahora, aunque con casa segura, debe atravesar a pie un alud de casi un kilómetro de largo -el desmoronado cerro Lec- corriendo grave peligro en cada viaje a Panajachel. Los niños y niñas que van a la escuela en Panajachel, los jóvenes que trabajan en otros pueblos, arriesgan su vida diariamente mientras intentan superarse. En esos viajes, hacen una apuesta por defender el derecho a la educación o al trabajo en contra de su derecho a la vida o la seguridad.

Los que se quedaron “abajo” o afuera del programa de traslados, no cuentan con ninguna alternativa certera para rehacer su vida, de nuevo, sin el miedo a volver a perderlo todo. A la par del pequeño río Tzalá, ahora vuelto a la normalidad. Me reúno con Santiago Noé Julule presidente del Consejo Comunitario de Desarrollo del sector norte del barrio Jucanyá. Con la elocuencia de un hombre adulto kaqchikel comenta que el derecho a vivienda, alimentación, salud y educación de su comunidad se ve una vez más vulnerado, cuando otra vez, deben empezar de cero con todo. Me pide que escriba en un reportaje que necesitan víveres, medicinas y agua pura.

Prometo hacerlo y me despido, debo apurar el paso para poder hablar con el delegado de CONRED para el departamento de Sololá, Cristian Rodríguez. “La pobreza es una de las tantas vulnerabilidades sociales que nuestros pueblos mantienen y que conjugan bien con los riesgos”, me dice. “Eso significa que cada quién construye en donde puede y con lo que se puede, y esto se suma a la falta de políticas públicas de ordenamiento territorial”.

Leyes y Estado

Pienso también en la falta de legislación ambiental, que convierte al Estado en cómplice de la degradación de la naturaleza. Además, el poco acceso de las poblaciones indígenas a un sistema de justicia eficaz contribuye con su vulnerabilidad. El ejemplo me lo puso el ingeniero Azurdia mientras platicábamos en la parte alta de San Antonio Palopó, y se encuentra en la parte opuesta del lago, en el municipio de Santa Cruz la Laguna. Este es uno de los más pobres del país según el INDH/PNUD.

En ese municipio, las aldeas de Tzununá y Jaibalito viven con el peligro inminente de que los cerros caiga sobre de ellas. Seiscientas personas deberían ser evacuadas de ambos pueblos. Azurdia me contó que subió la montaña en compañía de líderes comunitarios, y pudo ver claramente los terrenos deforestados que provocaron los deslaves. “Arriba en la parte alta de la cuenca se van cocinando las próximas tragedias” afirma. Allí funciona la empresa Los Primos, que extrae materiales para la construcción sin permiso municipal ni del Ministerio de Energía y Minas. “Desde hace dos años tienen una denuncia ambiental por degradar el ambiente. Sin embargo, los representantes de la empresa ni siquiera acudieron a la audiencia programada, ni al juzgado, porque a menudo les sale mas barato pagar las multas que cumplir la ley, y no les interesa la profundidad de sus acciones”.

Desde donde estoy, en la carretera paralela al río San Francisco, pero ahora del lado del centro de Panajachel, logro divisar varios deslaves. Sigo con la mirada hacia arriba, hacia el origen de cada uno y me topo con una siembra de maíz donde antes había bosque, o un nuevo camino o carretera donde antes sólo las aves y las nubes se posaban. Es evidente el cambio de uso de suelo y que la destrucción de los recursos naturales va de la mano con las tragedias, sobre todo en las comunidades más pobres del país.

Atitlán es el tercer destino turístico del país y en el año 2005 fue declarado “zona de oportunidades” por la OEA, Organización de Estados Americanos, distinción supuestamente dada por los esfuerzos que las comunidades de la cuenca del lago realizan para atraer más turistas y erradicar la pobreza que afecta al 80 % de sus habitantes. Lo que me lleva a leer las estadísticas del último INDH/PNUD dicen que el 73.9% de kaqchikeles y el 86.8 % de tz’utujiles aún usan leña para cocinar. Depender de esta energía tan básica le quita tiempo al campesino, degrada el ambiente y estanca en el círculo de pobreza a la población más vulnerable.

Soluciones ¿dónde están?

Dentro de tanto caos y una aparente desesperanza total, existen las evidencias

Atitlán es el tercer destino turístico del país y en el año 2005 fue declarado “zona de oportunidades” por la OEA, distinción dada por los esfuerzos que las comunidades de la cuenca del lago realizan para atraer más turistas y erradicar la pobreza que afecta al 80 % de sus habitantes.



necesarias para creer en la posibilidad de un mejor futuro. En el momento en que me despido del delegado Rodríguez aparece, para mi fortuna, un artista que me puede dar otra perspectiva. Lo invito a sentarse en mi mesa, en el café donde restauro mis fuerzas luego de todo un día de andanzas. Josué Aguilar es músico y pintor, y desde hace años vive en Panajachel. Me comenta que viene regresando de San Juan la Laguna, pequeño municipio al suroeste del lago.

“Antes de pensar en las otras soluciones, debemos proteger la memoria, guardarla como el más preciado de nuestros patrimonios” me dice, y pienso en tata Andrés. “En San Juan, Agatha no causó mayor daño y eso gracias a lo que te digo, a la memoria. Los ancianos fueron escuchados por los más jóvenes que hicieron caso de dejar deshabitados los terrenos donde antes han visto bajar grandes corrientadas de la montaña. Luego, a parte de recordar, claro que hay que atender otras cosas” concluye.

Por eso pienso que la solución quizá no se encuentre en grandes presupuestos, “mega proyectos” o infraestructura de última tecnología. Allí en el barrio norte de Jucanyá, la mayoría de hombres trabajan en la extracción artesanal de arena en el mismo río San Francisco que tanto daño les ha hecho. Sus hijos y esposas, deben atravesarlo para ir a la escuela o al mercado. Mantienen una relación estrecha con el peligroso afluente y han aprendido a solucionar ciertas cosas por si solos. Han dedicado semanas para habilitar pasos en el río, para descombrar los caminos, hacer zanjas de protección ante futuros deslaves y restablecer el agua entubada. Ya tienen experiencia pues fue lo mismo durante el Stan, en el 2005, y con el huracán Mitch en 1998.

Cuando nos despedimos, Josué agrega: “si toda esta gente que trabajó en la reconstrucción de su comunidad cargando piedras y limpiando los caminos ganara un sueldo por ese trabajo y fuera incluida como parte de la solución en la reconstrucción, la situación seguramente cambiaría y no estarían sufriendo hambre y enfermedades por no poder ganar dinero mientras hacen un servicio comunitario”. Recuerdo que ya alguien me había hablado al respecto. Fue Gerardo Palomo, constructor ecológico radicado en San Marcos la Laguna. “Si se le pagara un sueldo a los campesinos por cuidar los lagos, o regresara la figura de un Guardián de Lago, podrían resolverse muchos problemas al darle trabajo y dignidad al indígena.” Al tener un trabajo bien pagado, otros derechos humanos, antes vulnerados, empiezan a ser respetados, pensé.

Mientras tanto el gobierno central y la comunidad internacional han gastado millones de dólares, muchos financiados por medio del endeudamiento público, en estudios, proyectos y obras de infraestructura que resultan no servir para mucho. Es el caso del puente La Amistad, en Panajachel, construido entre los años 2006 y 2008 para sustituir al puente destruido por la tormenta Stan. El

puede La Amistad tuvo un costo de seis millones de quetzales y con la crecida del río durante Agatha, a dos años de haber sido inaugurado, quedó parcialmente destruido.

Otra esperanza es ver cómo el trabajo de medios locales de comunicación y organizaciones ambientalistas, van dando frutos.

Iván Azurdia se sorprendió cuando supo de varios agricultores en Santa Cruz la Laguna están, por voluntad propia, transformando su entorno y reemplazando el maíz por árboles de jocote, banano, café, izote y aguacates. “Sabido lo que significa el maíz para la cultura maya, cambiar de cultivo es un gran esfuerzo, pero ya se dieron cuenta que si no cambian de uso agrícola a bosque, se les cae el cerro encima”.

En Ati' t Ala', donde trabaja este ingeniero, están preparando la publicación de un estudio que ha sido escrito con información de los ancianos de San Juan La Laguna. La tesis dice que la ciencia da información para tomar decisiones pero que no deben apresurarse a proponer tecnología sin antes consultar a los abuelos para mimetizar las creaciones del ser humano con su entorno de vida. “No hay que luchar por dominar la naturaleza si no integrarse a ella” dice, y parece tener sentido.

Pero ¿y el gobierno?

Fuera de los trabajos de emergencia y reconstrucción, como los de dragado de ríos, el lago de Atitlán es una región beneficiada por el programa gubernamental Mi Familia

Progresas que ayuda con bolsas de alimentos o dinero, supuestamente a los habitantes más pobres y vulnerables del país. Sin embargo, según María Castels, propietaria de un hotel en la aldea Tzununá, los beneficiarios siempre son los que tienen más acceso a información, a educación, a transporte. Pone de ejemplo la comparación entre los empleados de su hotel, que ganan más del salario mínimo oficial (unos 200 dólares al mes) en relación con los menos de 80 dólares con que cuenta una mujer promedio en la aldea, según el INDH/PNUD. De sus empleados, varios están inscritos en Mi Familia Progresas. “No son los más que lo necesitan. Quienes realmente se beneficiarían con ese apoyo, a veces ni siquiera tienen un documento de identificación, no hablan español, viven en aldeas alejadas y a menudo ni siquiera están incluidos en las estadísticas de desastres o desnutrición que hacen en los centros urbanos”.

Para ingresar a este programa, a los beneficiarios no se les pide nada a cambio, no se les ofrecen capacitaciones, proyectos productivos o empresariales ni programas de planificación familiar, tomando en cuenta los cinco hijos en promedio que tiene cada familia.

Según noticias vertidas por el Royal United Service Institute (RUSI) en su reciente informe, Guatemala será uno de los países más afectados por el cambio climático en los próximos años, conclusiones que llevan implícitos problemas como el poco acceso a la tierra para cultivar y la explosión demográfica de la región, aspectos básicos de la pobreza.

Viene al caso, el ensayo de Bernard den Ouden: Pobreza, Derechos Humanos y las consecuencias de la deforestación. Al mencionar el caso de Guatemala, argumenta que “ayudando a los más pobres de los pobres en su pugna por los derechos humanos fundamentales, e incorporándolos a la creación de soluciones a los problemas mencionados, podrían obtenerse cambios constructivos. Si la explotación de los campesinos continúa, la degradación humana y medioambiental proseguirá, y sin lugar a dudas empeorará”.

